

El pensamiento y la acción de Gaspar Risco Fernández en el desempeño de ONG. El caso del Proyecto del Salado en Santiago del Estero.

Mario Roberto Berton (EEA INTA Santiago del Estero)
bertonmario51@gmail.com

Eje 11: Filosofía en el NOA

El texto tiene como propósito sistematizar el trabajo de un proyecto de promoción humana en el norte de Santiago del Estero vinculándolo a los criterios de Gaspar Risco Fernández, incorporados a partir de su relación laboral con el Instituto de Cultura Popular (INCUPRO). Se presenta una experiencia en terreno relacionando ciertos aspectos con los conceptos tratados por este autor sobre el trabajo sociocultural en los municipios de Tucumán y en especial en los Valles Calchaquíes, que están contenidos en sus obras “Cultura y región” (1991) y “Antropología cultural del azúcar” (1995). Se procura visualizar en un territorio distinto al que trabajó el autor, la aplicación de sus pensamientos y acción en terreno, para lo que metodológicamente se recurre a la sistematización de la experiencia del Proyecto del Salado en aspectos vinculados a los temas por él abordados.

Desde fines de los 70 la ONG INCUPRO se desempeñaba en las provincias del NEA, trabajo coordinado desde la ciudad de Reconquista en Santa Fe, y también en el NOA, con eje en Santiago del Estero y con equipos técnicos en Tucumán, Catamarca y, de forma incipiente en La Rioja, Salta y Jujuy. El Proyecto del Salado fue implementado por el Obispado de Añatuya entre 1981 y 1994, con el apoyo metodológico de INCUPRO y el financiamiento de la Agencia de la Iglesia alemana MISEREOR, en atención a que la zona de ejecución era la más aislada y de menor desarrollo socio económico de toda la Diócesis, que abarca el área provincial que limita hacia el sur con el río Salado.

El territorio en cuestión comprende parte de los departamentos Alberdi y Copo, teniendo como eje al río Salado hasta el límite con la provincia de Salta. La ruta Provincial N° 2, de tierra, era la principal vía de comunicación entre las numerosas y pequeñas comunidades rurales dispersas, donde se asienta una población casi en su totalidad criolla producto del mestizaje con la población originaria, con la presencia de algunos comerciantes de origen árabe y escasos inmigrantes.

Las comunidades de Santos Lugares, San José del Boquerón, La Candelaria y Nueva Esperanza donde residen los religiosos, fueron a su vez centro de cada zona del Proyecto con un promotor social de origen local en cada lugar. El equipo se completaba con un capacitador, dos capacitadoras para el trabajo específico con grupos de mujeres, un técnico agrónomo y el coordinador. El requisito de vivir en la zona del proyecto, con mínimas infraestructuras básicas, limitó la participación de técnicos y capacitadores provenientes de la ciudad, debido a lo cual estos roles pudieron cubrirse durante un corto tiempo, quedando luego vacantes.

Años antes de la experiencia en cuestión, Fernández ya se había vinculado con la ONG INCUPRO, a cargo de la formación y acompañamiento del equipo del Proyecto. Fernández participó además del Proyecto en varias instancias de capacitación. Cuando llegó a la zona quien sería el coordinador del Proyecto y le preguntaron por sus antecedentes, le anticiparon que debía olvidarse de las formas de llevar sus trabajos anteriores y prepararse para las condiciones distintas de la nueva tarea. Dentro de las superposiciones culturales, los campesinos y su capacitación en un marco de diálogo intercultural serán el eje de la acción, de modo que en un proceso educativo se vaya generando un nuevo tipo de desarrollo de esas comunidades respondiendo a su cultura e intereses. El equipo tenía convencimiento de este modelo, que se iba delineando con la acción y al cual se aportaba hacia la construcción de lo que se entendía como una nueva sociedad.

La metodología de Paulo Freire (1970) que trabajaba Fernández fue asumida por el equipo del Proyecto, sobre todo en el campo de las experiencias, más que a nivel teórico. De tal modo se puso la mayor dedicación a la conformación de grupos por afinidad, con la intención de desarrollar en ellos los procesos educativos con centro en la reunión, generalmente de frecuencia mensual y mecanismos de acción-reflexión-acción. Al final del proceso se contaban más de 70 grupos de trabajo y unos 30 de

ellos conformados por mujeres, distribuidos en las cuatro zonas. Los representantes de cada uno de estos grupos conformaban una Comisión de delegados con sus propias autoridades, las que a su vez integraban una Comisión Central de delegados que dirigía la organización, esta tomó el nombre de UPPSAN (Unión de Pequeños Productores del Salado Norte).

La modalidad de organización se definió a partir de una experiencia vivida por los delegados. Tras una visita de tres días a la UNPEPROCH (Unión de Pequeños Productores del Chaco) donde intercambiaron experiencias, se decidió tomar el modelo conocido en el viaje como forma propia de organización. El equipo fue acompañando este proceso, tomando algo más de distancia a medida que la organización se fortalecía. Así, en los últimos años se hacía en un salón la reunión de delegados y en otro ambiente la de los técnicos, coincidiendo en algunos momentos para tratar temas de interés común. A diferencia de grupos de campesinos que en la actualidad se conforman mayormente ante exigencias de organismos estatales para recibir financiación, el equipo del Proyecto asumía su agrupación como el modelo ideal para desarrollar el proceso de educación de adultos Freireano, en el que todos aprenden de todos.

Los temas que se trataban en las reuniones se vinculaban con la situación del grupo. Se problematizaba la realidad y se iban abordando y priorizando las distintas cuestiones tratando de llegar a conclusiones y compromisos por consenso. Un elemento auxiliar de importancia era el papelógrafo con papel afiche y/o el pizarrón. Las opiniones de los presentes quedaban escritas, dando valor a su palabra. Se mantenía el criterio de no comenzar trabajos sobre problemas de la comunidad que excedían las posibilidades del grupo y que, por ende, no tendrían una continuidad, buscando no generar falsas expectativas. Los promotores locales tenían un papel central en la conformación y seguimiento de los grupos, esto debido a su conocimiento de las comunidades y de las familias, de manera que el proceso no podría haberse desarrollado con la sola participación de los técnicos externos.

Las reuniones del equipo técnico se desarrollaban con una regularidad mensual y duración de dos a tres días. Los encuentros se dificultaban por las distancias a recorrer y la carencia de medios de movilidad propios y de transporte público en la zona. Para movilizarse los promotores disponían de una bicicleta, recién luego de varios años pudieron acceder a una moto. Los técnicos compartían una camioneta cuyo mantenimiento se dificultaba por las condiciones de los caminos y por la carencia de talleres mecánicos en la zona.

Durante las prolongadas reuniones cada participante comentaba la labor que había desarrollado, se compartían noticias e informaciones y se discutían y acordaban distintos aspectos del trabajo a realizar. En ocasiones participaban de instancias de capacitación interna. Al inicio de la reunión, un religioso o religiosa de la localidad compartía una oración y desarrollaba un tema de formación espiritual. La estadía del coordinador en el territorio se extendía durante varios días, durante los cuales se desarrollaban extensas reuniones y prolongadas visitas a las familias. Los viajes a la ciudad eran aprovechados para realizar diversos trámites y gestiones.

Tal como considera Fernández para Tucumán, el patronazgo dejó sus secuelas en una visión autoritaria y verticalista de conducción, con pasividad del resto, por lo que el desarrollo de procesos participativos tuvo una dificultad adicional. La formación de los delegados adquirió especial importancia y dentro de ello el criterio de rotación en los cargos de las organizaciones tras un determinado periodo. Este aspecto se reforzó cuando luego de unos años se construyó el reglamento de la organización. La carencia de organizaciones legales afines a estos modelos ayudó a que por muchos años este proceso organizativo no adquiriera una personería jurídica.

Precisamente y más allá de los problemas locales, unos de los primeros temas que desarrollaba el equipo en las reuniones iniciales eran consideraciones sobre lo grupal y comunitario, la dignidad e igualdad de las personas y los derechos inherentes al ser humano. Se destaca el crecimiento en la participación de las mujeres, que en un principio era mínimo y fue en incremento hasta llegar a ostentar roles de liderazgo dentro de la organización. A ello contribuyeron los grupos de mujeres que se reunían para desarrollar actividades de costura, confección de calzados con chaguar y otros materiales, aprendizaje de cocina, discusiones sobre temas de salud, entre otras propuestas. Estos grupos constituían fundamentalmente espacios periódicos de encuentro y distracción de las pesadas tareas cotidianas. Dos promotoras del equipo brindaban instancias de capacitación en esas reuniones.

Así como Fernández valora la importancia de la comunicación, éste también fue un tema central para el equipo del Proyecto. En ese valorarse como grupo también importaba mostrar a las comunidades lo

que hacía la organización, así como darse a conocer a nivel provincial. La labor de los comunicadores incluyó la difusión de noticias relevantes para la comunidad, la confección y distribución de una revista de UPSSAN que se llamó Voces de Nuestra Gente que trataba temáticas de interés zonal, la elaboración de afiches con avisos de eventos y el armado de diarios murales, entre otras actividades.

El aporte de los comunicadores de INCUPO contribuyó a la formación de los promotores y otros delegados de comunidades. El equipo sumó un comunicador que contribuyó además con la confección de cartillas temáticas sobre aspectos organizativos y productivos. En el trabajo que Fernández desarrolló con las comunidades desde el área de cultura de la provincia de Tucumán, se advierten las dificultades políticas en el contexto de la crisis de la caña de azúcar. En el caso del Proyecto se perciben ciertas similitudes, a pesar de tratarse de una iniciativa privada, especialmente en la falta total de aceptación de estos procesos organizativos por parte de un gobierno provincial de tinte autoritario. Se ignoraba a estas organizaciones como interlocutores y agentes de gestión ante el Estado. Esa negación se manifestaba también en las horas de espera en oficinas de reparticiones estatales y en la desatención de los trámites que iniciaba la coordinación del Proyecto.

La salud comunitaria fue otro tema abordado con mucho interés, con el especial aporte del médico de INCUPO Julio Monsalvo que impulsaba un modelo de salud en manos de la comunidad, el rescate de los saberes de las familias y el empleo de plantas medicinales. Otra de las decisiones prioritarias del grupo ante la existencia de cabras en la casi totalidad de las familias, fue la de fomentar la mejora de la producción caprina, se promovió entonces la incorporación de un veterinario al equipo que coordinó diversas acciones durante varios años.

El eje en el aspecto productivo estaba en buscar el autoabastecimiento campesino y la generación de excedentes que pudieran intercambiarse o venderse. La crítica al modelo capitalista se evidenciaba en el escaso esfuerzo dedicado a rubros comerciales como el cultivo del algodón. Como la población objetivo a la cual destinaba sus acciones el grupo era el campesinado, no se le dio participación a ciertos actores como comerciantes o docentes escasamente comprometidos con la comunidad donde se desempeñaban. Algunos maestros rurales, en cambio, procuraron una articulación distinta con las familias y su integración fue muy productiva.

Desde una visión cristiana, el modelo de las comunidades eclesiales de base era tenido en cuenta como el espacio donde se ponen las capacidades específicas al servicio de un bien común. Y así como expresa Fernández, para el equipo era un proceso también de aprendizaje, en un accionar que estaba sostenido por un cierto voluntarismo y espiritualidad, por la convicción de que se estaba contribuyendo a gestar un modelo de una sociedad mejor para todos y a partir del desarrollo y protagonismo de los valores de las sociedades campesinas. Visión que se veía encarnada en gran parte de los técnicos de INCUPO e intelectuales como Gaspar Risco Fernández.

La organización tiene vigencia en la actualidad y con una importante presencia desde sus participaciones en el MOCASE (Movimiento Campesino de Santiago del Estero) organización del mayor peso en la defensa por la recuperación de las tierras de pertenencia ancestral.

Palabras claves: campesinos-desarrollo-cultura.

Bibliografía:

-Risco Fernández, Gaspar (1991): *Cultura y región*. Centro de Estudios Regionales. Instituto internacional "Jacques Maritain". Universidad Nacional de Tucumán. Tucumán, Argentina

_____ (1995): *Antropología cultural del azúcar*. Serie de estudios y documentos 6, Centro de Documentación e Información Educativa. Secretaría de Estado de Educación y Cultura. Tucumán, Argentina.

-Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. Buenos Aires, Argentina.